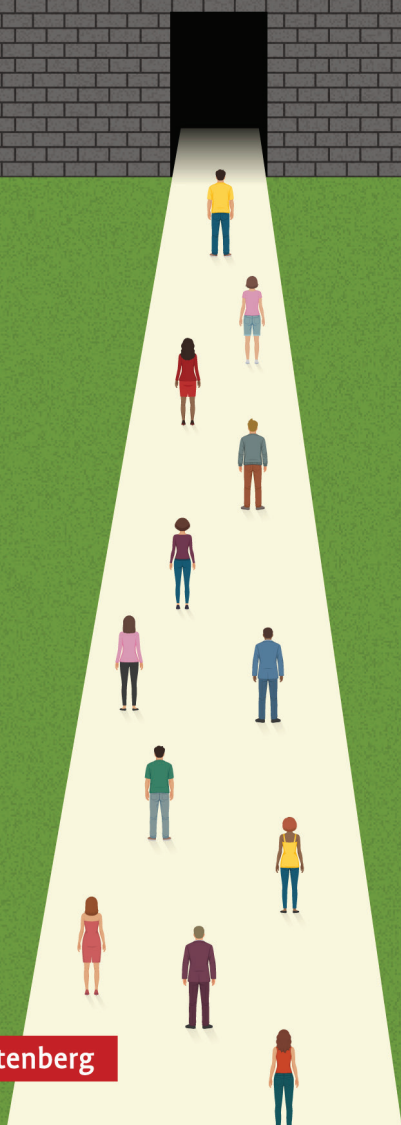


Timothy Snyder

El camino hacia la no libertad



Galaxia Gutenberg

TIMOTHY SNYDER

El camino hacia
la no libertad

Traducción de
María Luisa Rodríguez Tapia

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Edición al cuidado de María Cifuentes

Título de la edición original: *The Road to Unfreedom*

Traducción del inglés: María Luisa Rodríguez Tapia

Publicado por:

Galaxia Gutenberg, S.L.

Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª

08037-Barcelona

info@galaxiagutenberg.com

www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2018

© Timothy Snyder, 2018

Reservados todos los derechos

© de la traducción: María Luisa Rodríguez Tapia, 2018

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018

Preimpresión: María García

Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls

Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona

Depósito legal: B. 20763-2018

ISBN: 978-84-17355-52-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para los periodistas, los héroes de nuestro tiempo

Índice

Prólogo	II
1. Individualismo o totalitarismo	23
2. Sucesión o fracaso	43
3. Integración o imperio	71
4. Novedad o eternidad	III
5. Verdad o mentiras	155
6. Igualdad u oligarquía	209
Epílogo	265
Agradecimientos	269
Notas	273
Índice onomástico y temático	347

Prólogo (2010)

Mi hijo nació en Viena. Fue un parto difícil, y la primera preocupación del tocólogo austriaco y de la comadrona polaca fue el recién nacido. Respiró, su madre lo tuvo en brazos durante un instante, y luego se la llevaron a un quirófano. La comadrona, Ewa, me dio al niño. Él y yo nos sentimos un poco perdidos en medio de lo que sucedió después, pero no nos separamos. Miraba hacia arriba con sus ojos violetas desenfocados mientras los cirujanos pasaban corriendo a nuestro lado, ruido de pasos y máscaras que se ataban, un borrón de batas de color verde.

Al día siguiente parecía que todo iba bien. Las enfermeras me dijeron que me fuera a la hora normal, las cinco de la tarde, mientras madre e hijo se quedaban al cuidado de ellas hasta la mañana. Ahora ya podría enviar, con un poco de retraso, correos electrónicos con el anuncio del nacimiento. Algunos amigos leyeron la buena noticia en el mismo instante en el que se enteraban de una catástrofe que arrebató otras vidas. Un amigo, un profesor al que había conocido en Viena en un siglo anterior, había corrido para subir a un avión en Varsovia. Mi mensaje salió a la velocidad de la luz, pero nunca llegó a alcanzarlo.

El año 2010 fue un periodo de reflexión. Dos años antes, una crisis financiera había eliminado gran parte de la riqueza mundial, y la titubeante recuperación estaba favoreciendo a los ricos. Un afroamericano era presidente de Estados Unidos. La gran aventura de Europa en la década anterior, la ampliación de la Unión Europea hacia el este, parecía completa. Diez años después de comenzar el nuevo siglo, veinte años después del fin del comunismo en Europa, setenta años después del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, 2010 parecía un año apropiado para recapacitar.

Ese año yo estaba haciendo una de esas reflexiones con un historiador moribundo. Admiraba a Tony Judt, sobre todo, por su historia de

Europa, *Postwar (Postguerra)*, publicada en 2005. En ella relataba el éxito inverosímil de la Unión Europea, que había logrado reunir fragmentos de imperios para formar la mayor economía y una de las regiones democráticas más importantes del mundo. El libro concluía con una meditación sobre la memoria del Holocausto de los judíos en Europa. En el siglo XXI, decía, no iban a bastar los procedimientos y el dinero; la decencia política necesitaba contar con una historia del horror.

En 2008, Tony había enfermado de esclerosis lateral amiotrófica (ELA), un trastorno neurológico degenerativo. Se encaminaba a una muerte segura, atrapado en un cuerpo que no obedecía ya a la mente. Cuando Tony perdió el uso de las manos, empezamos a grabar nuestras conversaciones sobre temas relacionados con el siglo XX. A ambos nos preocupaba, en 2009, el hecho de que Estados Unidos diera por sentado que el capitalismo era inalterable y la democracia, inevitable. Tony había escrito sobre los intelectuales irresponsables que ayudaron al totalitarismo en el siglo XX. Ahora le inquietaba una nueva irresponsabilidad propia del siglo XXI: un rechazo total de las ideas que aplastara las conversaciones, inutilizara las políticas y normalizara las desigualdades.

Mientras hablábamos, yo estaba escribiendo una historia de los asesinatos políticos de masas cometidos por la Alemania nazi y la Unión Soviética en la Europa de los años treinta y cuarenta. Empezaba con personas corrientes en sus hogares, en particular los judíos, bielorrusos, ucranianos, rusos, bálticos y polacos que habían sufrido los dos regímenes en las zonas en las que el poder nazi y el soviético se habían solapado. Aunque los sucesivos capítulos del libro eran muy lúgubres —hambrunas planificadas, fosas de la muerte, cámaras de gas— su premisa era optimista: podíamos identificar las causas de los asesinatos en masa y recordar las palabras de los muertos. Podíamos contar la verdad y aprender las lecciones necesarias.

Un capítulo del libro estaba dedicado a un punto de inflexión del siglo XX: la alianza entre nazis y soviéticos que desencadenó la Segunda Guerra Mundial en Europa. En septiembre de 1939, la Alemania nazi y la Unión Soviética invadieron Polonia al mismo tiempo, ambas con el objetivo de destruir el Estado polaco y a la clase política polaca. En abril de 1940, la policía secreta soviética asesinó a 21.892 prisioneros de guerra polacos, en su mayoría oficiales instruidos que estaban en la reserva. Los hombres (y una mujer) recibieron un tiro en la nuca en

cinco escenarios, uno de ellos el bosque de Katyn, cerca de Smolensk, en la República Rusa de la Unión Soviética. Para los polacos, la matanza de Katyn se convirtió en símbolo de la represión soviética en general.

Después de la Segunda Guerra Mundial, Polonia era un régimen comunista y satélite de los soviéticos, por lo que hablar de Katyn estaba descartado. Solo cuando se disolvió la URSS, en 1991, pudieron los historiadores aclarar lo sucedido. Los documentos soviéticos no dejaban lugar a dudas de que los asesinatos masivos habían formado parte de una estrategia deliberada, aprobada personalmente por Iósif Stalin. Desde el fin de la Unión Soviética, la nueva Federación Rusa se había esforzado, con dificultades, para lidiar con el legado del terror estalinista. El 3 de febrero de 2010, mientras estaba terminando mi libro, el primer ministro ruso hizo una propuesta sorprendente a su homólogo polaco: una conmemoración conjunta, ese mes de abril, del septuagésimo aniversario de la matanza de Katyn. En la medianoche del 1 de abril, el día en el que estaba previsto que naciera mi hijo, envié el libro a mi editor. El 7 de abril, una delegación del Gobierno polaco, encabezada por el primer ministro, llegó a Rusia. Al día siguiente, mi mujer dio a luz.

Dos días más tarde, partió hacia Rusia una segunda delegación polaca en la que iban el presidente y su esposa, los altos mandos de las fuerzas armadas polacas, parlamentarios, activistas cívicos, sacerdotes y familiares de los asesinados en Katyn en 1940. Uno de los miembros de la delegación era mi amigo Tomek Merta, un admirado politólogo, que era en aquel momento el viceministro de Cultura encargado de la conmemoración. A primera hora de la mañana del sábado 10 de abril de 2010, Tomek subió al avión. A las 8.41 horas se estrelló, poco antes de aterrizar en el aeródromo militar ruso de Smolensk. No hubo supervivientes. En una sala de maternidad de Viena sonó un teléfono móvil, y una nueva madre gritó en polaco en el otro extremo de la habitación.

En la tarde del día siguiente leí las respuestas a mi anuncio del nacimiento. Un amigo estaba interesado en que fuera consciente de la tragedia en medio de mi propia alegría: «Para que no te encuentres en una situación incómoda, tengo que decirte que ha muerto Tomek Merta.» Otro amigo, cuyo nombre figuraba en la lista de pasajeros, me escribió para decir que en el último momento había decidido quedarse en casa. Su mujer iba a dar a luz pocas semanas después.

Se despedía diciendo: «A partir de ahora, todo será diferente.»

En las maternidades austriacas, las madres permanecen cuatro días para que las enfermeras puedan enseñarlas a alimentar, bañar y cuidar a sus hijos. Es suficiente tiempo para que las familias se conozcan, los padres aprendan qué lenguajes comparten y comiencen las conversaciones. Al día siguiente, en la maternidad, se oía hablar en polaco sobre conspiraciones. Ya corrían los rumores: los rusos habían derribado el avión; el Gobierno polaco estaba involucrado en la trama para asesinar al presidente polaco, que era de un partido diferente al del primer ministro. Una madre polaca me preguntó qué opinaba. Le dije que me parecía todo muy improbable.

Un día después, nos dejaron irnos a casa. Con el niño dormido en un capacho, escribí dos artículos sobre Tomek: una necrológica en polaco y una narración del accidente en inglés, que concluía con palabras de esperanza sobre Rusia. Un presidente polaco había perdido la vida mientras corría a conmemorar un crimen cometido en suelo ruso. Expresé mi esperanza de que el primer ministro de Rusia, Vladímir Putin, aprovechara la ocasión para reflexionar en general sobre la historia del estalinismo. Quizá era un llamamiento razonable en medio del dolor aquel abril de 2010; como predicción, no pudo estar más equivocada.

A partir de entonces, todo fue diferente. Putin, que ya había cumplido dos mandatos como presidente antes de ser primer ministro, anunció en septiembre de 2011 que quería ser presidente otra vez. Su partido obtuvo malos resultados en las elecciones parlamentarias de ese mes de diciembre, pero, aun así, le dieron la mayoría de los escaños. Putin volvió a ser presidente en mayo de 2012, después de otras elecciones que parecieron llenas de irregularidades. Y entonces se aseguró de que las discusiones sobre el pasado soviético, como la que él mismo había iniciado a propósito de Katyn, se considerasen delitos penales. En Polonia, la catástrofe de Smolensk unió a la sociedad durante un día, pero luego la polarizó durante años. La obsesión con el desastre de abril de 2010 creció con el tiempo hasta el punto de eliminar del debate la matanza de Katyn que habían querido conmemorar sus víctimas, de arrinconar todos los episodios históricos de sufrimiento polaco. Polonia y Rusia dejaron de reflexionar sobre la historia. Los tiempos estaban cambiando. O quizá lo que estaba cambiando era nuestra percepción del tiempo.

La Unión Europea cayó bajo una sombra. Nuestra maternidad de Viena, donde un seguro barato cubría todo, era un recordatorio del éxito del proyecto europeo. Era el ejemplo de unos servicios que en

gran parte de Europa se daban por descontados, pero que eran impensables en Estados Unidos. Lo mismo podía decirse del metro que me llevaba, rápido y fiable, al hospital: algo normal en Europa e imposible en Estados Unidos. En 2013, Rusia se volvió en contra de la Unión Europea y la acusó de ser decadente y hostil. Existía el peligro de que su éxito animara a los rusos a pensar que los antiguos imperios podían convertirse en prósperas democracias, por lo que era una amenaza para Rusia.

En 2014, en vista de que uno de sus vecinos, Ucrania, estaba aproximándose a la Unión Europea, Rusia invadió el país y se anexionó parte de su territorio. En 2015, Rusia había extendido una extraordinaria campaña de guerra cibernética más allá de Ucrania que llegaba a Europa y Estados Unidos, con ayuda de muchos europeos y estadounidenses. En 2016, Gran Bretaña decidió en referéndum abandonar la Unión Europea, tal como Moscú llevaba tiempo deseando, y los estadounidenses eligieron a Donald Trump como presidente, un resultado que los rusos contribuyeron a obtener. Este nuevo presidente, entre otros defectos, era incapaz de reflexionar sobre la historia: no conmemoró el Holocausto cuando tuvo ocasión de hacerlo ni condenó a los nazis en su propio país.

El siglo xx estaba muerto y enterrado, sin que hubiéramos aprendido sus lecciones. Estaba naciendo una nueva forma de política en Rusia, Europa y Estados Unidos, una nueva no libertad apropiada para una nueva era.

Escribí esos dos artículos sobre el desastre de Smolensk después de años de pensar sobre la política de la vida y la muerte, una noche en la que la membrana entre ambas parecía muy fina. «Tu felicidad en medio de la desgracia», había escrito un amigo mío, y la primera parecía tan poco merecida como la segunda. Los principios y los finales estaban demasiado cerca, o parecían estar desordenados, la muerte por delante de la vida, morir antes de vivir; el tiempo estaba dislocado.

Alrededor de abril de 2010, el carácter humano cambió. Cuando notifiqué el nacimiento de mi primer hijo, tuve que ir a mi despacho para usar el ordenador; los *smartphones* no estaban todavía muy extendidos. Esperaba tener respuestas en los días sucesivos, incluso semanas, no de inmediato. Cuando nació mi hija, dos años después, todo había cambiado: tener un *smartphone* era lo normal, y, o había

respuesta inmediata, o es que no la iba a haber. Tener dos hijos es muy distinto a tener uno y, sin embargo, creo que, para todos nosotros, en los primeros años de la década de 2010, el tiempo se volvió más fragmentado y escurridizo.

Las máquinas que se habían creado para darnos más tiempo, en realidad, lo consumían más rápidamente. A medida que perdíamos nuestra capacidad de concentrarnos y recordar, todo parecía nuevo. Tras el fallecimiento de Tony, en agosto de 2010, hice una gira para hablar del libro que habíamos escrito juntos y que él había titulado *Thinking the Twentieth Century (Pensar el siglo XX)*. Cuando recorría Estados Unidos me di cuenta de que el siglo XX era un tema muy olvidado. En las habitaciones de hotel veía cómo la televisión rusa jugaba con la traumática historia de las relaciones raciales en Estados Unidos y sugería que Barack Obama había nacido en África. Me pareció curioso que Donald Trump, el hombre espectáculo norteamericano, recogiera el tema poco después.

Los estadounidenses y los europeos se adentraban en el nuevo siglo guiados por el relato del «fin de la historia», por lo que yo denomino la política de la inevitabilidad, una sensación de que el futuro es más de lo mismo, las leyes del progreso son conocidas, no hay alternativas y, por tanto, no se puede hacer nada. En la versión capitalista y estadounidense, la naturaleza engendró el mercado, que engendró la democracia, que engendró la felicidad. En la versión europea, la historia engendró la nación, que, a base de guerras, aprendió que la paz era algo positivo y, por consiguiente, escogió la integración y la prosperidad.

Antes de la caída de la Unión Soviética en 1991, el comunismo también tenía su propia política de la inevitabilidad: la naturaleza hace posible la tecnología; la tecnología engendra el cambio social; el cambio social provoca la revolución; la revolución hace realidad la utopía. Cuando se vio que esto no era verdad, los políticos europeos y estadounidenses de la inevitabilidad se sintieron triunfadores. Los europeos se dedicaron a completar la creación de la Unión Europea en 1992. Los estadounidenses alegaron que el fracaso del relato comunista confirmaba la veracidad del capitalista. Norteamericanos y europeos siguieron creyéndose sus relatos de inevitabilidad durante un cuarto de siglo después del fin del comunismo y, como consecuencia, educaron a una generación, la de los *millennials*, sin historia.

La política de la inevitabilidad de Estados Unidos, como todos los relatos de ese tipo, no encajaba con los hechos. Lo que ocurrió en

Rusia, Ucrania y Bielorrusia a partir de 1991 demostró que la caída de un sistema no creaba una *tabula rasa* en la que la naturaleza engendrara los mercados y los mercados engendraran los derechos. Quizá Irak en 2003 habría podido corroborar esta enseñanza si los estadounidenses que iniciaron aquella guerra ilegal hubieran reflexionado sobre sus desastrosas consecuencias. La crisis financiera de 2008 y la desregulación de las contribuciones a las campañas electorales en Estados Unidos en 2010 aumentaron la influencia de los ricos y disminuyeron la de los votantes. A medida que crecían las desigualdades económicas, los horizontes temporales se redujeron y, con ellos, el número de estadounidenses convencidos de que el futuro aguardaba una versión mejorada del presente. Sin un Estado funcional que garantizase los bienes sociales básicos que se daban por descontados en otros países —educación, pensiones, sanidad, transporte, permisos de paternidad, vacaciones—, los norteamericanos podían sentirse abrumados por el día a día y perder la perspectiva de futuro.

El derrumbe de la política de la inevitabilidad deja paso a otra forma de experimentar el tiempo: *la política de la eternidad*. Mientras que la inevitabilidad promete un futuro mejor para todos, la eternidad sitúa un país en el centro de un relato de victimismo cíclico. Ya no existe una línea que se extiende hacia el futuro, sino un círculo que hace que vuelvan las amenazas del pasado una y otra vez. Con la inevitabilidad, nadie es responsable, porque todos sabemos que los detalles se resolverán de la mejor manera posible; con la eternidad, nadie es responsable porque todos sabemos que el enemigo vendrá hagamos lo que hagamos. Los políticos de la eternidad difunden su convicción de que el Estado no puede ayudar a toda la sociedad, sino solo proteger contra las amenazas. El progreso se rinde ante la fatalidad.

Cuando están en el poder, los políticos de la eternidad fabrican crisis y manipulan las emociones provocadas por ellas. Con el fin de distraer la atención de su falta de capacidad o de voluntad para hacer reformas, los políticos de la eternidad ordenan a sus ciudadanos que sientan entusiasmo e indignación de forma intermitente, con lo que ahogan el futuro en el presente. En política exterior, los políticos de la eternidad desprecian y anulan los logros de países que podrían servir de modelos para sus ciudadanos. Utilizan la tecnología para transmitir ficciones políticas, tanto en su país como en el extranjero, niegan la verdad y pretenden reducir la vida al espectáculo y el sentimiento.

Es posible que en 2010 y los años posteriores estuvieran sucediendo más cosas de las que pensábamos. Es posible que la cascada de instantes entre el accidente de Smolensk y la elección de Trump fuera un periodo de transformación y que no nos diéramos cuenta de que lo era. Quizá estamos deslizándonos de una percepción del tiempo a otra porque no vemos cómo la historia nos hace a nosotros y nosotros hacemos historia.

La inevitabilidad y la eternidad traducen los hechos en relatos. Los que creen en la inevitabilidad piensan que cada hecho es un breve incidente que no altera el relato global de progreso; los que prefieren la eternidad, consideran que cada nuevo suceso es un ejemplo más de una amenaza intemporal. Las dos posturas se disfrazan de historia; las dos prescinden de la historia. Los políticos de la inevitabilidad enseñan que los detalles del pasado son irrelevantes, porque todo lo que sucede no es más que materia prima para el molino del progreso. Los políticos de la eternidad saltan de un instante a otro, a décadas o siglos de distancia, para construir un mito de inocencia y peligro. Imaginan ciclos de amenazas en el pasado y construyen una pauta imaginaria que plasman en el presente con la fabricación de crisis artificiales y dramas cotidianos.

La inevitabilidad y la eternidad tienen estilos de propaganda muy concretos. Los políticos de la inevitabilidad manipulan los hechos para construir una red de bienestar. Los políticos de la eternidad eliminan hechos para olvidar la realidad de que la gente es más libre y más rica en otros países y la idea de que el conocimiento permitiría elaborar reformas. En 2010 y los años posteriores, lo que sucedió fue, en gran parte, la creación de una ficción política, unos relatos desmesurados que acaparaban la atención y colonizaban el espacio necesario para la meditación. Sin embargo, la impresión que deja la propaganda en un momento, sea la que sea, no es el veredicto final de la historia. Hay una diferencia entre la memoria, las impresiones que recibimos, y la historia, las conexiones que nos esforzamos en hacer, si lo deseamos.

Este libro es un intento de recuperar el presente para el tiempo histórico y, de esa forma, recuperar el tiempo histórico para la política. Eso significa tratar de comprender una serie de hechos interrelacionados dentro de la historia del mundo en nuestra propia época, desde Rusia hasta Estados Unidos, cuando se ha puesto en tela de juicio la propia realidad. La invasión rusa de Ucrania en 2014 fue una prueba de realidad para la Unión Europea y Estados Unidos. A muchos euro-

peos y norteamericanos les resultaba más fácil seguir los fantasmas propagandísticos rusos que defender un orden legal. Perdieron el tiempo preguntándose si había habido una invasión, si Ucrania era un país y si, por algún motivo, merecía la invasión. Todo ello dejó al descubierto una enorme vulnerabilidad de la Unión Europea y Estados Unidos que Rusia se apresuró a explotar.

La historia, como disciplina, nació como oposición a la propaganda de guerra. En el primer libro de historia, *Las guerras del Peloponeso*, Tucídides tuvo cuidado de distinguir entre las explicaciones que daban los líderes de sus propios actos y los verdaderos motivos de sus decisiones. En nuestra época, a medida que el aumento de las desigualdades refuerza el papel de la ficción política, el periodismo de investigación cobra cada vez más importancia. Su renacimiento comenzó durante la invasión de Ucrania, con los valientes reporteros que enviaban sus crónicas desde lugares muy peligrosos. En Rusia y Ucrania existía una gran labor periodística relacionada con los problemas de la cleptocracia y la corrupción, y los periodistas formados en esa batalla fueron los que después informaron sobre la guerra.

Lo que ha sucedido ya en Rusia es lo que podría ocurrir en Estados Unidos y Europa: la estabilización de las grandes desigualdades, la sustitución de la política por la propaganda, el paso de la política de la inevitabilidad a la política de la eternidad. Los dirigentes rusos podrían invitar a los europeos y los estadounidenses a la eternidad porque Rusia llegó primero. Captaron las debilidades de unos y otros, que ya habían visto y explotado en su propio país.

Para muchos en Europa y Estados Unidos, lo ocurrido en la década de 2010 –el ascenso de la política antidemocrática, el giro de Rusia en contra de Europa y su invasión de Ucrania, el referéndum del Brexit y la elección de Trump– fue una sorpresa. Los estadounidenses suelen reaccionar ante las sorpresas de dos formas: o se imaginan que el hecho inesperado no es real, o aseguran que es algo totalmente nuevo y, por tanto, no se puede interpretar desde el punto de vista histórico. O todo saldrá bien, no se sabe cómo, o todo está tan mal que no es posible hacer nada. La primera respuesta es un mecanismo de defensa de la política de la inevitabilidad. La segunda es el crujido que hace la inevitabilidad justo antes de romperse y dejar paso a la eternidad. La política de la inevitabilidad empieza por erosionar la responsabilidad cívica

y luego se hunde en la política de la eternidad cuando topa con un obstáculo serio. Los estadounidenses reaccionaron así cuando el candidato de Rusia se convirtió en presidente de Estados Unidos.

En las décadas de 1990 y 2000, la corriente de influencia avanzó de oeste a este, con el trasplante de modelos económicos y políticos, la difusión de la lengua inglesa y la ampliación de la Unión Europea y la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Mientras tanto, los espacios sin regular del capitalismo estadounidense y europeo atrajeron a los rusos acomodados a un ámbito sin una geografía este-oeste, la de las cuentas en paraísos fiscales, sociedades fantasma y tratos anónimos, que sirvieron para blanquear la riqueza robada al pueblo ruso. Este fue uno de los motivos de que, a partir de 2010, la influencia empezara a correr de este a oeste, a medida que la excepción de los paraísos fiscales se convirtió en norma y la ficción política rusa llegó más allá de Rusia. En *Las guerras del Peloponeso*, Tucídides definía «oligarquía» como *el gobierno de unos pocos* y la oponía a «democracia». Para Aristóteles, «oligarquía» significaba *el gobierno de los más ricos*; este es el sentido en el que la palabra revivió en ruso durante los años noventa y en inglés, con fundamento, a partir de 2010.

Occidente empezó a recibir conceptos y prácticas del este. Un ejemplo es la palabra «falsas», como en «noticias falsas». Parece un invento norteamericano, *fake news*, y Donald Trump lo reivindica como propio, pero el término se utilizaba en Rusia y Ucrania mucho antes de que hiciera fortuna en Estados Unidos. Consistía en crear un texto de ficción y fingir que era un trabajo periodístico, para esparcir la confusión sobre un hecho concreto y para desacreditar el periodismo en sí. Los políticos de la eternidad empiezan difundiendo noticias falsas ellos mismos, luego afirman que todas las noticias son falsas y finalmente dicen que lo único auténtico son sus espectáculos. La campaña rusa para llenar de mentiras la esfera pública internacional comenzó en Ucrania en 2014 y en 2015 se trasladó a Estados Unidos, donde ayudó a elegir a un presidente en 2016. Las técnicas siempre son las mismas, aunque, con el tiempo, se han vuelto más sofisticadas.

En los años posteriores a 2010, Rusia era un régimen cleptocrático, decidido a exportar la política de la eternidad: destruir la realidad, conservar las desigualdades y acelerar tendencias similares en Europa y Estados Unidos. El fenómeno es visible desde Ucrania, donde Rusia libró una guerra regular mientras intensificaba las campañas para anular a la Unión Europea y Estados Unidos. El asesor del primer

candidato prorruso a la presidencia de Estados Unidos había sido asesor del último presidente prorruso de Ucrania. Las tácticas rusas que habían fracasado en Ucrania triunfaron en Estados Unidos. Los oligarcas rusos y ucranianos ocultaron un dinero que contribuyó a sostener la candidatura de un candidato presidencial estadounidense. Todo forma parte de la misma historia, la historia de nuestra época y nuestras decisiones.

¿Puede haber una historia tan contemporánea? Cuando pensamos en las guerras del Peloponeso las consideramos historia antigua, porque los atenienses lucharon contra los espartanos hace más de dos mil años. Pero su historiador, Tucídides, estaba describiendo unos hechos que había vivido. Incluía reflexiones sobre el pasado en la medida en que eran necesarias para aclarar lo que estaba en juego en el presente.

Este libro, humildemente, sigue ese mismo enfoque. *El camino hacia la no libertad* se detiene en la historia de Rusia, Ucrania, Europa y Estados Unidos en la medida en que es necesario para definir los problemas políticos del presente y disipar algunos de los mitos que los envuelven. Utiliza fuentes primarias de los países involucrados y busca pautas y conceptos que nos puedan ayudar a interpretar nuestra época. Las lenguas de las fuentes –ruso, ucraniano, polaco, alemán, francés e inglés– son instrumentos académicos, pero también fuentes de experiencia. Durante estos años leí y vi medios de comunicación de Rusia, Ucrania, Europa y Estados Unidos, viajé a muchos de los lugares de los que hablo y, en ocasiones, pude comparar sus relatos de los acontecimientos con mis propias experiencias o las de personas a las que conocía. Cada capítulo se centra en un hecho particular y un año concreto: el regreso del pensamiento totalitario (2011); el desmoronamiento de la política democrática en Rusia (2012); el asalto ruso a la Unión Europea (2013); la revolución de Ucrania y la posterior invasión rusa (2014); la difusión de la ficción política en Rusia, Europa y Estados Unidos (2015); y la elección de Donald Trump (2016).

Cuando la política de la inevitabilidad da a entender que los fundamentos políticos, en realidad, no pueden cambiar, está extendiendo la incertidumbre sobre la verdadera naturaleza de esos fundamentos. Si pensamos que el futuro es una prolongación automática del buen orden político, no necesitamos preguntar qué es ese orden, por qué es bueno, cómo se sostiene ni cómo puede mejorarse. La historia es y

debe ser pensamiento político, en el sentido de que abre una brecha entre la inevitabilidad y la eternidad, impide que oscilemos entre una y otra y nos ayuda a ver el instante en el que podemos cambiar la situación.

Mientras salimos de la inevitabilidad y nos enfrentamos a la eternidad, la historia de la desintegración puede servir de manual de reparaciones. La erosión deja al descubierto lo que resiste, lo que puede reforzarse, lo que puede reconstruirse y lo que hay que volver a diseñar desde el principio. Como el conocimiento nos hace poderosos, los capítulos de este libro tienen títulos que reflejan alternativas: individualismo o totalitarismo; sucesión o fracaso; integración o imperio; novedad o eternidad; verdad o mentiras; igualdad u oligarquía. La individualidad, la resistencia, la cooperación, la novedad, la honradez y la justicia figuran como virtudes políticas, unas cualidades que no son meros tópicos ni simples preferencias, sino hechos históricos, tanto como las fuerzas materiales. Las virtudes son inseparables de las instituciones que inspiran y alimentan.

Una institución puede cultivar ciertas ideas del bien y además se basa en ellas. Para que las instituciones prosperen, necesitan virtudes; para que se cultiven esas virtudes, se necesitan instituciones. La pregunta ética de qué es el bien y qué es el mal en la vida pública no puede separarse nunca de la investigación histórica de la estructura. Son la política de la inevitabilidad y la política de la eternidad las que hacen que las virtudes parezcan irrelevantes o incluso ridículas: la inevitabilidad, porque promete que el bien es lo que ya existe y, previsiblemente, va a expandirse, y la eternidad, porque asegura que el mal siempre es externo y nosotros somos sus víctimas inocentes y perpetuas.

Si queremos tener una descripción mejor del bien y el mal, debemos resucitar la historia.